

La Gran Via
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

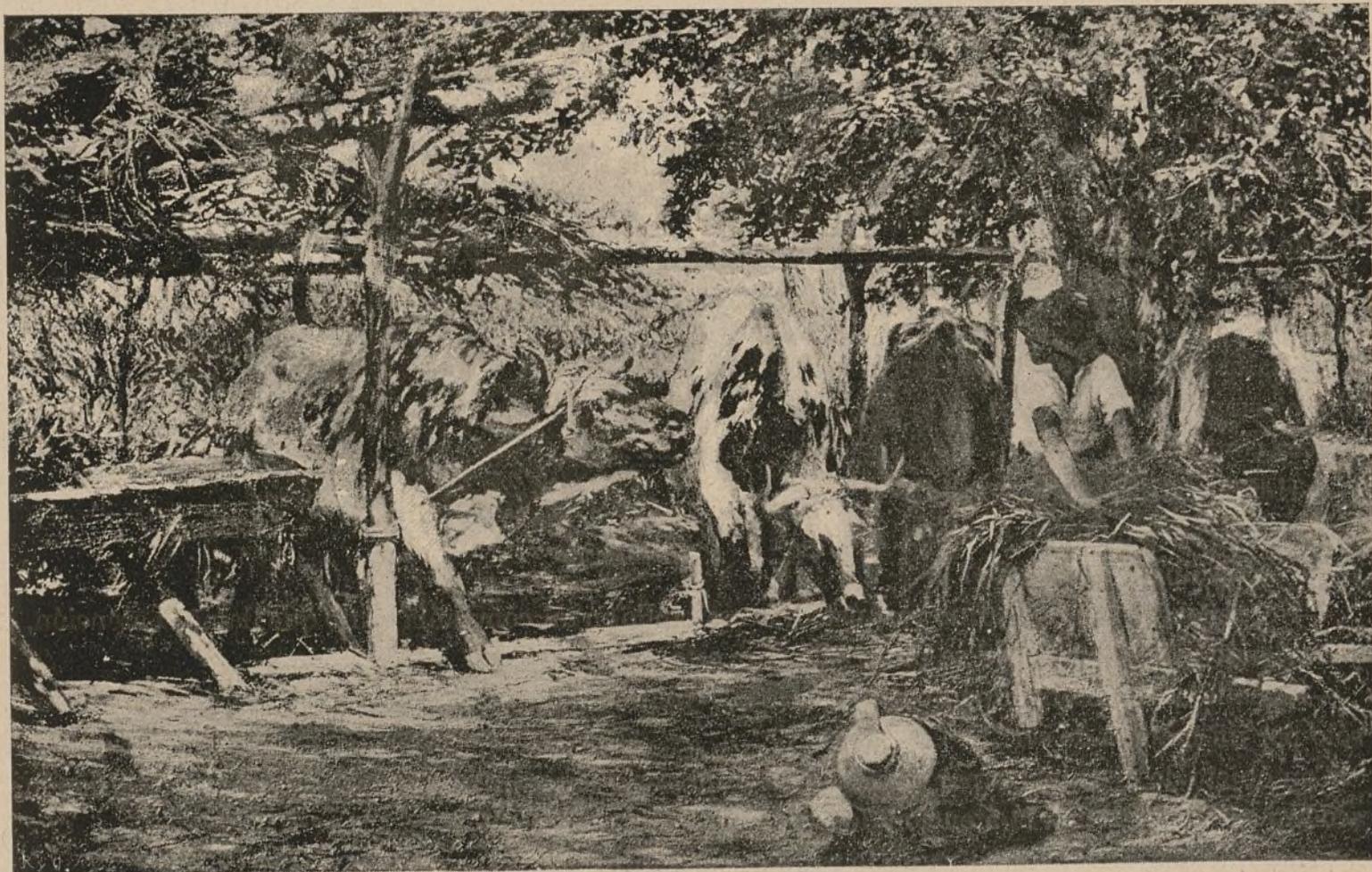
AÑO II.

Madrid, 22 de Julio de 1894.

Núm. 56.

BELLAS ARTES

GONZALO BILBAO



UN SOBRAJO DE VACAS

ACTUALIDADES



pesar de que no hay ningún refrán que lo diga, para fines de este mes no queda en Madrid ni un *gato*, ó madrileño que es igual.

Todos, absolutamente todos, aunque aquí haga frío y en otras partes calor, sufrimos con resignación la pérdida de nuestros ahorros y nos vamos donde sea, fuera de Madrid.

Conozco yo un joven de la clase de elegantes, admirador de la moda, y admirado por todos los que le tratan, que considerando que estaba haciendo ya muy mal papel en Madrid, resolvió hace pocos días marcharse á Santander.

Arregló sus asuntos en ésta, ordenó á sus amigos de fuera de Madrid le saliesen á recibir en las estaciones intermedias, para..... darse tono y dar que hablar á los que le acompañaban, y llegó á Santander, á fuerza de muchos cuidados y de no dormir durante toda la noche, con la camisa tan limpia como al salir de Madrid, y su peinado como si se acabase de pasar por última vez el peine y el cosmético.

Lo que hace en Santander todo el mundo de él conocido lo sabe.

Pasea siempre detrás de un grupo de jóvenes inocentes, y las echa piropos, tocando con su bastón las faldas de aquéllas.

Se baña, no cuando lo reclama su comodidad, sino cuando calcula que hay más gente en la playa, y por tanto más ojos que puedan quedar cautivados con su presencia, y, por último, en el hotel donde se hospeda, es el martirio de los papás de las niñas, y de éstas la mayor distracción.

No falta más que le vaya á ver algún empresario de circo y le quiera contratar.

—Hombre, dirá nuestro joven al verle entrar, ¿viene usted á traerme un palco para esta noche?

—No, señor; yo vengo, porque verá usted; necesitando en mi compañía gente que llame la atención, y habiendo sabido que usted se pinta solo para esto.....

—Caballero—le interrumpe nuestro elegante,—yo no llamo la atención á la fuerza, que es tan sólo por mi manera de ser.

Con objeto de disculparse por esta falta, el empresario le regala un palco todas las noches, á donde acude y en donde llama la atención de todos los concurrentes.

¡Hay que dedicarse, si uno ya no lo es, á ser elegante!



RAP-SAG.

JUEGO SEGURO

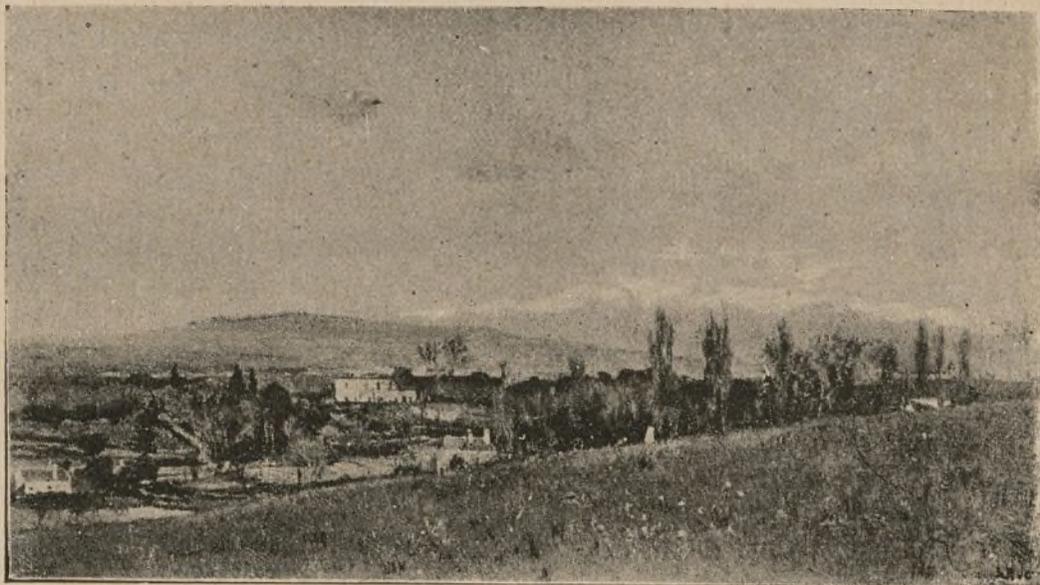
AURELIANO BERUETE

Al billar no sé jugar,
aunque es juego de mi agrado
por su «nobleza» sin par,
pues siempre se le ha llamado
noble juego del billar.

Pero aprender intenté
con un jugador de pro,
y tan poco adelanté,
que en cogiendo el taco yo,
suelta *un taco* el que me ve.

Nunca hice una carambola,
ni aun di bola una vez sola,
porque al tirar me atortolo,
y poniéndome hecho un bolo,
es natural, no doy bola.

Al que juega bien admiro
y con atención lo miro,
pero no logro aprender,
y sólo consigo hacer
pérdida siempre que tiro.
Ó hago las bolas saltar
y á alguno le causo daño
sin poderlo remediar,
ó cuando quiero *picar*
doy el *picotazo* al paño.
¡No hay quien calcular intente



VISTA DEL GUADARRAMA DESDE LA MONCLOA

los paños que he roto yo!
Por eso al verme la gente
picar, siempre me gritó:
—¡Pica usted picaramente!

Y hasta una vez un bellaco,
dueño de cierto billar,
dijo, cogiéndome el taco:
—¡Cuando quiera usted picar....
Se va usted á picar tabaco!

Sin embargo, en mi afición
por el billar nunca cedo,
y ahora con la convicción
de que yo jugar no puedo,
me he dedicado á «mirón».

Y viendo á los jugadores
que saben hacer primores,
los admiro y los envidio,
y paso así mis mejores
horas y no me fastidio.

Ya aprender no es mi porfía,
pues sé que el afán me engaña;
ahora tengo una manía
que á todo el mundo le extraña
y hay quien juzga tontería.

Fué una idea singular
que tuve para probar
que yo en el billar «distingo»:
poner en el punto el mingo
siempre que se va á jugar.

Así puedo sin temores
decir á los jugadores
sin que me digan que no:
¡Donde juegan los mejores
quien *pone el mingo*..... soy yo!

JOAQUIN AGRASOT



EL BAUTIZO

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

METERSE Á EMPRESARIO ⁽¹⁾

II.

Don Mamerto tenía formada la compañía; ésta tenía ensayadas las obras, y las obras tenían sobre su alma el presentimiento de verse destrozadas en breve plazo.

Por lo demás, la función había sido anunciada convenientemente en el pueblo, y cualquier mortal que no estuviera ciego, podía ver allí grandes carteles pegados en la entrada del teatro, en la puerta de la taberna, en la espalda del fielato, en la esquina *den cá* el sacristán, en el pórtico del matadero y en el *foyer* de la posada.

Llegó el día de la función y el momento de salir de Madrid, y montaron el empresario, la compañía y sus añadidos en un coche de doble suspensión y vuelco sencillo. ¡Milagro hubiera sido que, mediando faldas en el asunto, no hubiese habido algún *choque* en el camino! En efecto; las tiples se dirigieron algunas pullitas; una mamá llamó al tenor «cómice de la legua»; el tenor la llamó «madre de guardarropía», y el infeliz empresario tuvo que pasar en el trayecto dos ó tres puentes y tres ó cuatro berrinches.



El viaje tocó á su fin, sin más contratiempo que las frecuentes bajadas del apuntador, el cual padecía no sé qué enfermedad que á tales detenciones le obligaba.

La llegada de una compañía de Madrid á un pueblo en donde siempre habían visto trabajar á aficionados simples ó á comiquillos rurales, debía producir sensación en la localidad, y así lo pensaban D. Mamerto y su gente, llenos

(1) Véase el número anterior.

de orgullo cómico-lírico; pero ¡oh desencanto! sólo media docena de chicuelos rodearon el coche cuando éste hizo alto, y al encaminarse la caravana artística hacia el teatro, algunos indígenas decían á sus convecinos: «Ahí van.....» «Esos son.....» «Aquel que *tié* cara de canónigo debe ser el gracioso.» «*Miá* la *triple*; parece que está fuera de cuenta.....» «¡Qué bruto debe ser el barba!.....» «Ese de las gafas es el tutor de la tiple, como si lo viera.» (Esto lo decían por D. Mamerto.)

Todo lo oyeron los actores con calma, y aun casi con regocijo; pero á un mozalbete, en plena plaza de la Constitución, se le ocurrió decir:—«Ahí van los comediantes»—y para qué quiso oír más la madre de la prima-donna, ó sea la tía-donna.

—¿Comedianta mi hija?—prorrumpió, dando un *do* de pecho que estremeció las Casas Consistoriales. Y sacudió al atrevido mozalbete tan recio golpe con la maleta en que llevaba las pinturas del rostro de la niña, que á la vez le hizo un chirlo y le deshizo un hombro.

Se armó el alboroto consiguiente, que empezó en indignación sorda y acabó en verdadera silba, lo cual asustó al pobre D. Mamerto y desanimó á los actores.

¡Claro! ¿Cómo había de gustarles el verse silbados con tanta anticipación?

A todo esto, el escarabajo que sentían en el estómago les convenció de que el apetito que llevaban no era de guardarropía, sino de verdad. Penetró, pues, la *troupe* en un *restaurant*, donde de antemano había sido encargada, mediante buena suma, una comida suculenta.

Todos aguardaban con ansia la presencia de los manjares sobre los semilimpios manteles, y al cabo de media hora, durante la cual se habían *comido* todo el vino y *bebido* todo el pan, porque con el hambre no sabían lo que hacían, les sirvieron una fuente de acelgas y brécoles que no le faltaba más que hablar. La verdura fué devorada con verdadero entusiasmo, y acto seguido apareció en la mesa una enorme cazuela de arroz, en la que los comensales creyeron vislumbrar jamón ó pollos, ó algún otro marisco por el estilo; pero ni con microscopio podía verse allí otra cosa que alcachofas, habas y guisantes. El desencanto fué terrible; pero aun lo fué más cuando tras el arroz sirvieron á la desmayada compañía una abundante ensalada de lechugas. Entonces ya no pudieron reprimir su indignación los desengañados, y hubo quien dijo que aquello era darles un *verde* en vez de una comida.

Total: el empresario quedó no sólo explotado por el posadero, sino cruelmente zaherido por la compañía cómico-lírica, que le puso aún más verde que la comida.

Mientras tanto, el encargado de la taquilla se mesaba los cuarenta y ocho cabellos que le quedaban, porque no había vendido un solo billete, y eran las siete de la tarde.

Llegó la hora de la función, vistiéronse los malhumorados cómicos, y extrañando D. Mamerto que nadie entrase en el teatro, fué en busca de la autoridad; pero no faltó un alma caritativa que le dijera:—Mire usted, señor, el Alcalde iba á tomar el teatro por su cuenta; el dueño del local, por hacerle daño, se lo ha cedido á usted. El Alcalde, que es el rey absoluto del pueblo, ha prohibido reservadamente la asistencia al teatro por medio de amenazas y.....

—No me diga usted más. Todo lo comprendo, ¡bestia de mí!

.....

La función no llegó á verificarse por indisposición de la taquilla. El pobre D. Mamerto volvió á Madrid con los artistas, después de pagarles lo estipulado. Volcó el coche en el camino, resultando todos ilesos, menos el empresario y una mula, y cuando, tres días después, aun se hallaba en cama D. Mamerto, les decía á los únicos parientes que tenía:—Como yo sepa que os metéis á empresarios de algún teatro rústico, os mato, y después os desheredo.

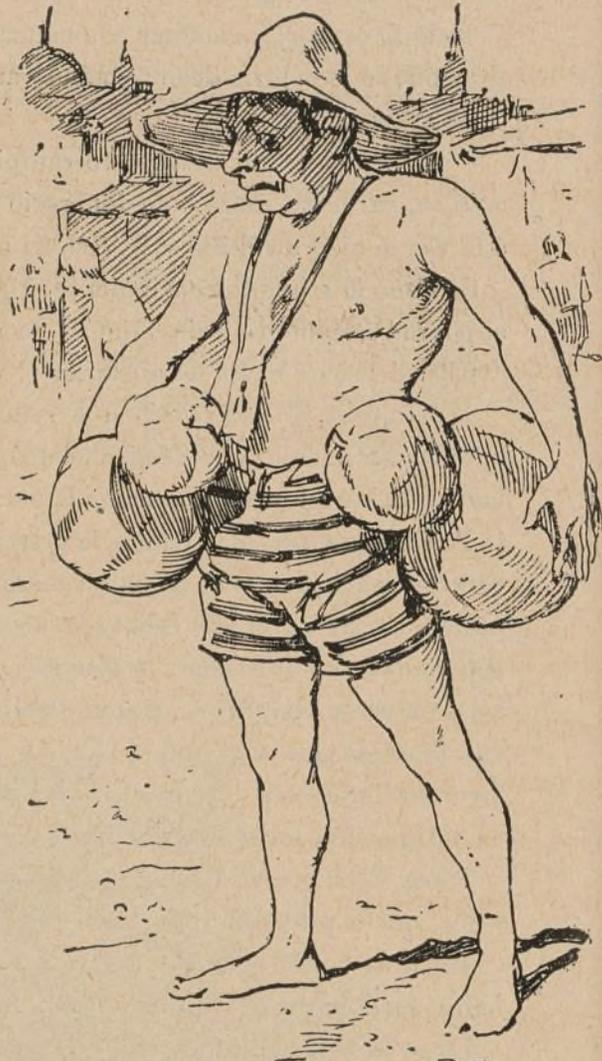
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.





—Figúrate que estaba Angúlez cerca del mar, vino una ola, y *zas*, le puso perdido, y tuvo que atravesar el boulevard con la pechera arrugada y el bigote desrizado.

—¡La pechera arrugada y el bigote desrizado! ¡Oh, qué trance tan horrible!



Yo bajo todas las tardes al Manzanares, tomo todo género de precauciones, y acabo por no bañarme, porque el que ama el peligro, en él perece.



He tomado veinte aguas distintas, y es cosa muy rara que no logre quitarme las pintas que tengo en la cara.



Tú te tiras al mar á bañar, ¡y yo tengo una envidia del mar!.....

NO LO CREO

Pasaron bastantes años,
tres ó cuatro, según creo,
cuando D. Álvaro Luna,
personaje de altos vuelos,
regresó de su viaje
por el continente nuevo,
y entrando por vez primera
por las calles de Toledo,
debido á casualidad
ó á ser que en aquel momento
quisiera la Providencia
que ocurriese algún suceso,
al levantar su mirada,
que iba enclavada en el suelo,
la fijó en una preciosa
dama, de rostro hechicero,
que en una ventana estaba
sin duda tomando el fresco.
—¡Voto á San!— dijo parándose,
que esa de los ojos negros,
y que entre los labios deja
ver de perlas sus fragmentos,
es la dama por quien yo,
he estado pidiendo al cielo
durante mi larga ausencia
por el continente nuevo.—
Y debía ser verdad,
porque lo comprueba el hecho
que se estuvieron los dos
hablando tres horas luego.
—Mi bien—decía D. Álvaro,—



bendito siempre el momento
de haber entrado á estas horas
por las calles de Toledo.
¿Es verdad que todavía

guardas en ti mi recuerdo,
y que no me has olvidado
ni una vez en este tiempo?
¿Es verdad que en reuniones,
en convites y en paseos,
has pronunciado mi nombre
con cariño y con respeto?
—Te lo he jurado una vez
y es bastante.

—¡Oh! ¡qué consuelo
me producen las palabras
que brotan de ese tu pecho!
Y dime, cuando tú á solas
estabas, ¿tu pensamiento
ha seguido puesto en mí,
y me has seguido queriendo?
—Tales palabras me ofenden,
pues basta mi juramento
para que en tu mente nunca
puedan influir los celos.—
Quedó conforme D. Alvaro,
cruzó el aire un fuerte beso,
y alejóse pensativo
por el camino diciendo:
—No dudaré que entre muchos,
me haya seguido queriendo;
pero á solas, si con alguien
ha estado sólo un momento,
aunque lo jure mil veces,
¡francamente, no lo creo!

GASPAR ABATI.



Disgustado por tantas contrariedades como surgían á cada paso en su constante lucha por la vida, Amadeo tornó á su casa y encerróse en su cuarto para entregarse en la soledad y en el silencio á la constante preocupación que le dominaba: hacerse sitio, romper el hielo, llamar la atención de todos, revelarse artista, genio, llegar á la celebridad.

¿Lo conseguirá?

Y ¿cómo llegaría á conseguirlo?

Porque es muy difícil hacerse oír entre el bullicio tumultuoso y ensordecedor de este humano hormiguero, donde todos tratan de hacer oír su voz sobre las de los demás.

Dejó el sombrero, encendió un cigarrillo, arrellanóse en una butaca y entregóse á la meditación.

Mas ésta fué en breve interrumpida por los sonidos de un piano hábilmente tocado en la casa contigua, indudablemente al otro lado de la pared; en todo caso, cerca, muy cerca.

Amadeo, al oír las primeras notas, hizo un mohín de disgusto, sintiéndose contrariado; pero poco á poco fijó su atención en la música, hasta el punto de olvidar todo otro pensamiento.

¿Quién tocaba?

Pronto lo supo; una mujer, y joven, á juzgar por la voz clara, argentina, bien timbrada, dulce, angélica, apasionada, con que cantó una balada sentidísima, muy en boga á la sazón.

Amadeo no tardó en forjarse una criatura perfectísima, dechado de belleza, un querube en forma de mujer.

Era lo que él necesitaba para soñar, para sentir, para absorberse sustrayéndose á la realidad negra y triste que le rodeaba, abrumándole.

Abrió el balcón tan luego como dejaron de tocar el piano, y asomóse para ver si la nueva vecina se asomaba al suyo. Necesitaba conocerla, se sentía predispuesto á amarla, á adorarla...

Pero el balcón inmediato permaneció cerrado. Lo único que consiguió ver Amadeo, no obstante la obscuridad de la noche, fué buen número de tiestos y macetas llenos de flores, digno marco, á no dudar, de la beldad que había ido á vivir tan cerca del soñador.

—¿Qué deseos tengo de conocer á la nueva vecina!—murmuró.

Y como el balcón no era abierto, y el piano no se dejaba oír, Amadeo tornó á su butaca, después de cerrar, y entregóse al dulce placer de soñar despierto.



—Mañana la conoceré—se afirmó.—Ella saldrá á regar los tiestos y á cuidar las flores.

Mas engañóse. Cuando al siguiente día se asomó Amadeo, la vecina había regado ya los tiestos.

El balcón de la nueva inquilina permaneció cerrado durante todo el día. Lo único que le fué dado al curioso, no le satisfizo: oyó tocar y cantar maravillosamente á la vecinita, pero no consiguió verla.

Los cuatro días siguientes ocurrió lo mismo. Amadeo empezó á impacientarse; necesitaba ver á aquella criatura angelical, que tan hondamente le había impresionado con su artística manera de tocar y su modo maravilloso de cantar; en fuerza de pensar en ella sentíase como obsesionado. Pasó horas y más horas al balcón sin lograr ver á la desconocida.

La noche del cuarto día, no bien terminó su comida el joven, apresuróse á instalarse en su observatorio.

Y llegó á tiempo, ¡oh dicha!

La vecinita, vestida elegantemente de blanco, estaba en el balcón inmediato, pero estaba de espaldas al curioso Amadeo. Sin embargo, éste fué dichosísimo admirando la esbeltez del talle, la corrección de líneas del cuerpo, las atrevidas curvas de las caderas, lo redondo de los hombros, lo macizo de los brazos, correctamente enguantados de negro hasta los codos, la soberbia esplendidez de la cabellera rizada y artísticamente peinada. ¡Lástima que fuese de noche!

—¡Romana! ¡No se olvide mañana temprano de traer alambre para afianzar las macetas!—dijo con marcado acento americano la vecina.

¡Qué voz tan armoniosa, tan clara, tan encantadora la de aquella niña!

Porque era una niña; no podía ser otra cosa aquella criatura, á pesar del marcado desarrollo de sus formas.

Ella penetró en la estancia y cerró el balcón. Amadeo imitóla; pero más contento, más animado, más satisfecho que los días anteriores, y á la vez más intrigado, más deseoso que nunca de verla.

Aquella noche, Amadeo soñó con el paraíso de Ma-

homa y con la huri que su buena suerte habiale depurado por vecina; y resuelto á verla, se dispuso á levantarse al rayar el nuevo día.

Y así lo hizo.

Apenas despuntó la aurora, Amadeo se arrojó del lecho, atavióse lo mejor que pudo, y salió al balcón. Quería, tenía interés en impresionar gratamente á la americana de al lado. La amaba ya sin conocerla; la adoraba.... de oídas, puesto que aun no la había podido admirar de vista.

¡Eternas horas! Al crepúsculo sucedió el claro día, un día tibio de primavera, lleno de languidez y de encanto, y de poesía y de seducciones, como la vecinita del piano.

Pero todo tiene su término, y las ansias de Amadeo le tuvieron también. Chirrió la falleba del balcón inmediato.... Amadeo se quedó sin respirar, fija el alma entera en el balcón vecino. ?

—¡Déme el alambre, Romana!—dijo dentro la dulcísima hija de América.



Y salió al balcón, con su elegante traje blanco, una negra más fea que un demonio.

PEDRO J. SOLAS.



BAÑOS

No hay medio de sustraerse á los rigores de la temperatura.

El calor es horrible, y ni la horchata de chufas logra refrescarnos.

Un señor gordo que asiste á nuestra cervecería, entra bañado en sudor todas las tardes, y asegura que este calor no es natural.

—¿Por qué no es natural?—le pregunto.—¿Cree usted acaso que lo fabrica el Ayuntamiento para uso del vecindario?

—Quiero decir que es un calor impropio de las circunstancias. Ayer se me derritieron unos guantes de cabritilla. Esta mañana se me asfixió una cotorra que me había traído de América un cuñado mío.

Para bien ser, debiéramos vivir en cestas de nieve, como los besugos. Al pasar por las pescaderías envidiamos á las merluzas que reposan blandamente en los témpanos de las banastas, y apoyan la interesante cabeza en algas marinas.

Lo único que puede contrarrestar los efectos del estío, es el baño de placer. Unos se bañan en el límpido Manzanares, otros en el Niágara, que es una especie de Mediterráneo casero, y otros en su domicilio, utilizando la artesa como piscina.

Un distinguido y virtuoso empleado en la Dirección de Penales, á quien el corto sueldo que disfruta no le permite salir de la corte, se baña todas las mañanas en la cocina con sus dos pequeñuelos.

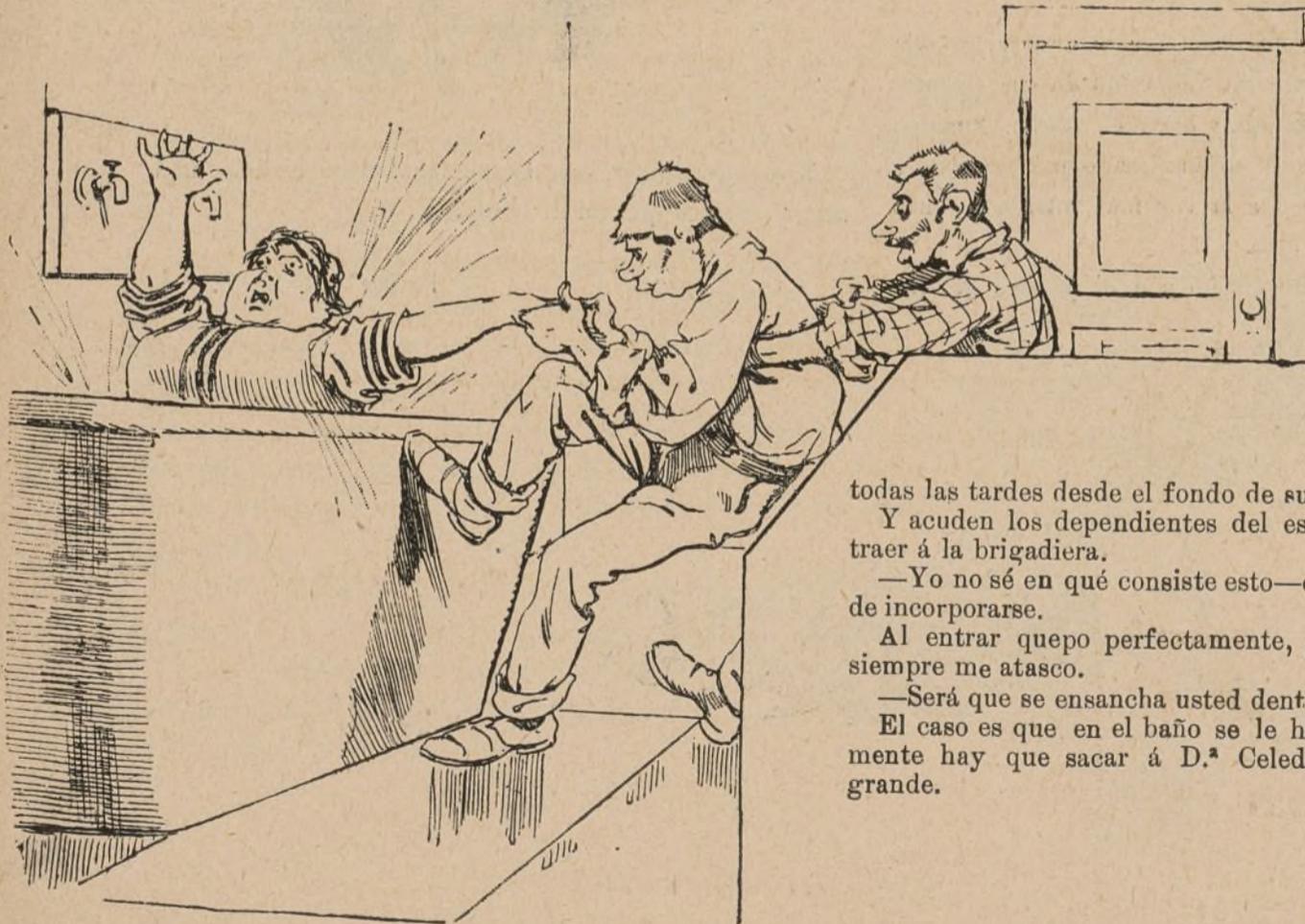
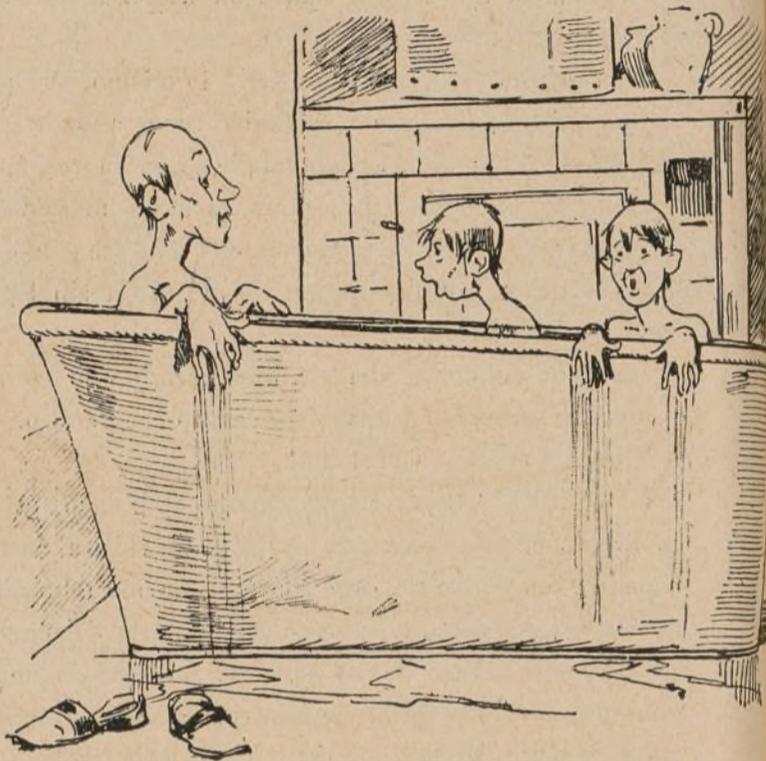
El funcionario, al verse dentro de la bañera de hojadelata, créese transportado á San Sebastián, y dice á los niños:

—Conviene que traguéis un poquito de agua. Cuando yo me bañaba en Vigo, siempre me lo decía el médico.

Los niños sorben con fruición el líquido saludable, y el más chiquitín, que es goloso en extremo, le dice á su padre:

—¿Por qué no echamos en el agua un poquito de azúcar?

—¿Para qué, Camilín?



—Para mojar pan.
Á una casa de baños de esta capital acude todas las tardes D.^a Celedonia, la viuda del brigadier Mochilón, que es una señora que pasa de los cien kilos y tiene el vientre en forma de barreño. Su entrada en la bañera no ofrece grandes dificultades; pero cuando quiere salir ya es otra cosa.

—¡Socorro!—grita todas las tardes desde el fondo de su prisión.

Y acuden los dependientes del establecimiento para extraer á la brigadiera.

—Yo no sé en qué consiste esto—dice la infeliz, tratando de incorporarse.

Al entrar quepo perfectamente, y cuando quiero salir siempre me atasco.

—Será que se ensancha usted dentro.

El caso es que en el baño se le hincha la tripa; generalmente hay que sacar á D.^a Celedonia con un calzador grande.



—Paca—dijo á la doméstica,—friegue usted al niño.
Y la maritornes sacó un estropajo y un trozo de jabón moreno, y se puso á frotar á la criatura como si fuera la mesa de la cocina.
—¡No quiero, no quiero!—gritaba aquel ángel sucio.



y cogiendo á su mujer por la cintura ¡pum! la zambulle en la tinaja.
No hay baño como éste.

En cambio, las de Lombricín, que son tres hermanas ideales, se sumergen juntas en la misma bañera, y podrían hasta dedicarse á la natación, si esto les fuese grato. Bien es verdad que parecen tres escopetas.

—¡Por Dios, Ramona!—se oye decir á una de ellas, dirigiéndose á su hermana mayor.—No te acerques tanto, que me pinchas con la rodilla.

—¡Jesús, qué delicada eres! Me has clavado un codo en una pierna y no te he dicho una palabra.

—¿Qué es eso?—preguntamos á la bañera, al oír desde la antesala aquellos gritos.

—Son tres señoritas que acaban en punta—nos contestó la buena mujer.

Muchos niños se bañan por las buenas, y hasta gozan cuando se les chapuza; pero otros no hacen más que ver el agua y ponen el grito en el cielo, como le sucedió días pasados al niño de D.^a Pastora, una poetisa de la Guindalera, la cual D.^a Pastora quiso fregar á su retoño, que no había visto el agua desde el día de su nacimiento, y lo llevó á la *Ola benéfica*, casa de baños á precios módicos.



—¡Duro con él!—replicaba la madre;—y si ve usted que no queda bastante limpio, échele polvos de gas.

Todo esto lo hacía la poetisa, porque tiene que bañar al niño en la Coruña y no quiere que le vean en la playa con los churretones adquiridos en los tiempos de su primera alimentación.

El niño ha quedado limpio como un espejo; pero no se acostumbra á verse así, y cada vez que se mira las pantorrillas, rompe á llorar, porque echa de menos aquella capa color de café con leche de su primera edad.

Pero el mejor baño es el de chapuzón repentino que aplica D. Mauregato á su familia, cuando se incomoda.

—¡Juana!—grita á lo mejor D. Mauregato.

—Sácame una camisa limpia.

—No la tengo—contesta su esposa.

—¿Cómo?

—Me he olvidado de plancharla.

Don Mauregato, entonces, monta en cólera,

LUIS TABOADA.

